



Oportunidad

María Paz Vial
Directora y actriz

El trabajo de texto realizado con Egon Wolff en torno a su *Cicatrices* significó para mí un encuentro con lo que la obra encerraba detrás de sus puertas.

Allí existía un ambiente de juego intelectual viado de tres seres profundamente necesitados de amor; un amor que, imposibilitado de entrega, achicaba su dimensión, ajustándose al intercambio de compensaciones afectivas en relación a la satisfacción y la seguridad.

Interesante es apuntar a este gran monstruo social de la seguridad, manifestada en un amor sin riesgo.

Amar implica ser vulnerable, pero Wolff ilustra este amor en particular como un tratado no generador de vida; un espacio inerte de pelea y reconciliación, una paz falsa e inquietante.

En este cuadro, Beatriz aparece como la salvación de seres *condenados a repetirse*. Me interesé particularmente por este concepto de salvación, en el sentido de la revelación del ser. Beatriz es la reveladora de la identidad única de los personajes y es por esto la flecha que destruye su ceguera y encierro. Ella es la posibilidad que tienen (Olivia, Germán y Ernesto) en su vida de conocer su esclavitud.

Si bien es cierto que la palabra corrupción giraba en mi cabeza como un fantasma, al parecer una parte de mí se resistía a adoptarla porque, en cierto modo, me hacía entrar en un juicio moral, distanciándome del dolor de cada uno de ellos.

Pensé en esclavos, porque los tres estaban como anclados, uno con el otro, en torno a un afecto cíclico

e indisoluble. Este operaba como el combustible de un triángulo sin salida y se me representaba como la imagen de esas bebidas apetecibles que no quitan nunca la sed. Olivia, Ernesto y Germán se aferraban como tres niños aprisionados en torno a un nutriente estéril, devorándose civilizadamente.

La particularidad de *ángel* que poseía Beatriz no estaba, a mi juicio, en su virtuosismo sino, justamente, en su cualidad de instrumento que rompe las cadenas de la esclavitud.

La violación se convierte así en fundamental, porque es el espejo donde los tres adultos pueden ver, por primera vez, el reflejo de su brutalidad.

Era necesario que al menos uno de ellos (en este caso, Ernesto) saliera del plano especulativo mental y entrara en el descontrol físico. Si esto no sucedía, ¿cómo entonces habría podido saber verdaderamente quién era él?

Inmediatamente después del intento de violación, Ernesto reflexiona: *¿Qué es lo que soy, un animal?* y concluye: *No, un animal no haría eso*. Se da cuenta que ha caído más bajo que su propio caballo y esto es, a mi juicio, un regalo. A él se le ha regalado la oportunidad de encontrarse cara a cara con su más profunda miseria.

Por eso la obra tiene estructura circular, porque es el ritual que Ernesto necesita realizar, una y otra vez, en torno a su verdad.

Sin embargo, no está cumplido aún el exorcismo; la muerte de Beatriz viene a completar en Germán y Olivia lo comenzado en Ernesto. Es una muerte material provocada por un daño al espíritu y esto supera

magistralmente todas las posibilidades de resultado final que Germán hubiese podido idear al urdir el plan.

En la elaboración del juego, existía soterradamente la emoción excitante de escandalizar a Beatriz, pero nadie imaginó algo tan de mal gusto como su muerte. Esta consecuencia fatal es también la oportunidad que tienen los personajes de verse reflejados.

Para mí era muy importante comprender por qué Beatriz debía ser inocente; no era posible justificar su pureza sólo por el rol de heroína. Sin embargo, intuía que era indispensable que así fuese.

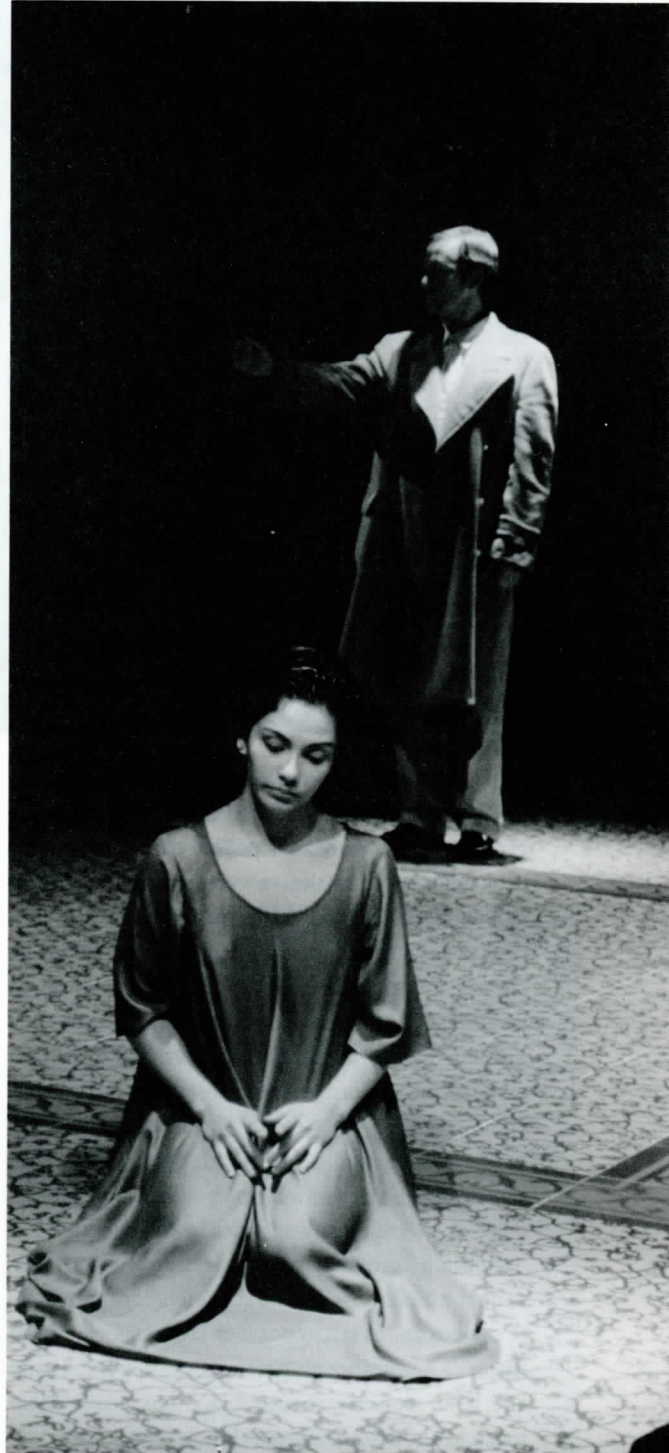
Ahora veo el carácter sacrificial y la importancia de este concepto dentro de la obra.

Ella estaba llamada a romper con una idolatría que devoraba a los personajes como una gran bestia a la cual ellos rendían tributo, engordándola día a día y acercándose inconscientemente, cada vez más, a la pérdida total de la libertad.

Podríamos decir tantas cosas en torno a este ídolo: le podemos llamar egolatría, vanidad, no lo sé, es quizás la incapacidad de donarse. Pero se hacía fundamental que, para destruir esta idolatría, debía ofrecerse una víctima sin mancha. Sólo en la pureza total de Beatriz ellos podían caer en la cuenta de una culpa absoluta y, sólo desde esta culpa, podían penetrar en su redención desde una conciencia purificada.

El enamoramiento de Beatriz por Ernesto y su coquetería no son elementos que desdigan su inocencia o hagan pensar en una planificación personal del personaje, sino más bien constituyen la base dramática en la cual se apoya el equilibrio precario de Beatriz.

No podía ella estar pensada como la absoluta seguridad en la rectitud de todos sus movimientos. Si era humana, debía moverse dentro de una precariedad espiritual, esto es, siempre en el peligro de equivocarse. La obra pudo abordarse de modo inverso, es decir, como Beatriz manipuladora de tres seres débiles. Pero, en este caso, se hubiera tenido que renunciar a lo que yo consideraba lo más hermoso de la obra, que era este aspecto revelador, capaz de quebrar este triángulo enfermo y devolverles, a cada uno de sus dependientes, la libertad y la visión. ■



Cicatrices: Tamara Acosta y Mario Poblete.